

general aceptación que éste halló en los diversos ámbitos sociales, al suponer un horizonte abierto, el final del proceso de degradación en que el sistema Canovas había venido cayendo desde la crisis del final de siglo. Se realiza una ajustada valoración del Directorio Militar y Civil y se subrayan los dos errores decisivos de 1926. De un lado, la ruptura con el catalanismo conservador. De otro, el choque con el Arma de Artillería. También en este año –cenital para la Dictadura- se registró el primer intento del dictador de dar salida a su régimen: la Asamblea Consultiva. Se explica también su caída en función de tres frentes adversos: los medios intelectuales y universitarios, el Ejército y el financiero. El advenimiento de la Dictadura había sido, a la larga, un golpe fatal para el rey; su brusco final le enfrentó con cuantos tenían vinculados sus intereses a él. Tal vez Primo de Rivera se murió a tiempo, pero Alfonso XIII tuvo un suplicio más largo: el error Aznar, las elecciones de abril y su dramática soledad final.

Culminación de toda una obra dedicada a la España de Alfonso XIII, la aportación presente agota el tema en términos políticos. Una revisión de muchos tópicos, sólidamente construida, sin concesiones a las hipótesis. La contrastación empírica aparece en todas las afirmaciones. El libro se completa con una cuidada selección fotográfica y un oportuno índice onomástico que ayuda a manejar su denso contenido.

Pedro M^a Egea Bruno
Universidad de Murcia

VILAR, María José: *Ceuta en el siglo XIX. A través de su cartografía histórica y fuentes inéditas (1800-1912)*. Prólogo de Carmen González Martínez. Universidad de Murcia. Murcia. 2002, 393 pp.

No pocos estudios de Urbanismo, echando mano de la prosopopeya, nos dicen que las ciudades de Europa se *desperdizaron* en el siglo XIX y que en ese estirarse derribaron sus murallas que eran corsé. Ceuta, urbe europea en el norte de África, cumple bien el modelo, mas con los matices enriquecedores anejos a una ciudad apretada y linde con un territorio políticamente inestable. Territorio que fue unas veces raya, otras límite, otras frontera, porque en los bordes territoriales, y más con Marruecos, caben todos estos matices precisos.

El libro despierta pronto un interés político. Porque estudiar la historia de Ceuta es estudiar nuestra política exterior con Marruecos, tan delicada como cualquier apasionante vivencia entre vecinos y donde el estrecho de Gibraltar, angosto por allí de 22 km., unas veces se revelará como abismo, otras veces como puente. En este sentido, entre los objetivos de la obra, y su interés, estaría el de precisar los orígenes y conformación de los límites territoriales entre la ciudad española y el Reino de Marruecos, como justifica la autora en la introducción.

Enclave portugués desde 1415, transferido a España *–de facto* en 1640-1643, *de iure* en 1656– salpican su historia aspectos harto curiosos que repercuten en el devenir de la ciudad. Por ejemplo, mientras España reivindica un espacio geográfico vital para el desahogo de la población por ser además zona para siembra y pastos, retrucará el bajá, como condición para resolver los problemas, reclamando al cónsul en Tánger soluciones sobre el dinero robado a unos moros por marineros españoles en Tetuán y por el robo en Denia a unos paisanos. Al cabo, cuestiones de Estado, y por tanto trascendentales, mezcladas con agravios a súbditos, hechos más particulares; sin dejar estos de ser ultraje y valorar el desvelo celoso o si se quiere pejígueras de una administración, la marroquí, por sus súbditos.

La evolución urbana de la ciudad europea en África nos descubre que las ciudades no sólo se expanden en lo físico, sino también en lo psíquico. Porque en Ceuta, para su devenir, será decisiva la consideración en la que la mano política la encuadre. De infierno desértico, o inhabitable tierra de fardachos, crudo lugar para purgar penas por delitos comunes o para confinar a presos políticos, cárcel especialmente temida por los presos de Ultramar, a convertirse, instada por la guerra y la internacionalización de la economía y, más tarde, por el Protectorado franco-hispano, en enclave básico como plaza fuerte y base naval y atractiva ciudad *–siempre que se solucionara la sed–*, rememorando entonces el perfil paradisíaco de la urbe que se percibía del pasado, vislumbrado éste, como casi siempre, como tiempo mejor. Véase aquí, como ejemplo, el tierno testimonio del gobernador Fernando de Butrón en 1820 (pág. 71 y ss.) que pretendía devolver a la ciudad, en tiempos de esperanza abiertos por los aires del liberalismo, su intuido pasado esplendor, conservado y sentido al menos, como se ha dicho, en la percepción de lo pretérito. Mas el crecer en espacio y funciones, y en magnificencia de la ciudad, habrá de ser a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

La obra, además del prólogo de la doctora Carmen González Martínez, además de la introducción de la autora, tiene dos partes. Una, la historia urbana de Ceuta que deriva por necesidad en Historia de Ceuta, prestando mucha atención a la situación y emplazamiento de la ciudad. Otra, la adenda cartográfica, verdadero fichero útil que habrá de catapultar futuras investigaciones más específicas y desde diversas disciplinas: Historia de España, Historia de Marruecos, Geografía, Urbanismo, Ingeniería Militar, Historia del Arte...

La publicación se enmarca en la línea de investigación cartográfica hispano-magrebí. El libro viene a continuar los publicados sobre Argelia (1988) *–un mano a mano fructífero de M. de Epalza y J.B. Vilar–* y sobre Túnez (1991), Marruecos (1992) y Libia (1997), de J.B. Vilar en solitario, no menos provechosos. Y el recuerdo de estos, editados con la necesaria generosidad que exigía el material trabajado, nos trae el único *pero* que hemos lamentado cuando leíamos el estudio que comentamos. Un trabajo como el elaborado por M^a.J. Vilar exige, para deleite y locura lectora, una edición de lujo. El atisbo físico del material estudiado pone los dientes largos imaginando la ilustración. Así, en el contraste con los precedentes hemos echado de menos una impresión que sin duda hubiera disparado *–o disparatado–* el presupuesto que suponemos limitado de una universidad que por

lógica habrá de atender su política editorial con criterios de equilibrio para corresponder con más publicaciones.

Por otro lado, también la obra, lo deja caer la autora en la introducción, abre el apetito de otra necesaria y hermana sobre Melilla que definitivamente complete la serie magrebí. Los precedentes están hechos y dichos y valoran el interés. La gana está azuzada y sólo falta el sí a la voluntad incansable de historiadores y geógrafos como M^a.J. Vilar, dispuestos a recorrerse el mundo para darnos a conocer mejor nuestros mundos. Suerte que ya, también en la introducción, se confiesa la elaboración al alimón –Vilar-Vilar– de un trabajo más amplio y más hasta nuestros días sobre la propia Ceuta. De hecho, en el estudio que analizamos, ya se cita en prensa (J.B. VILAR y M^a.J. VILAR: *Cartografía histórica, fortificaciones y evolución urbana de Ceuta (siglos XV-XX)*, Ceuta: Ciudad Autónoma...).

Dichas publicaciones, las realizadas y la por hacer sobre Melilla, y cuantas se consideren aleccionadoras, son necesidad. Porque escasamente sabemos de nuestras ciudades africanas, casi siempre semiolvidadas, ni de nuestro entorno vecino de la otra orilla. Esto fue manifiesto cuando, en julio de 2002, el incidente de Perejil nos descubrió un peñón, como con magia, sito al oeste de Ceuta, que hubo –*Al alba, con viento duro de Levante...*– de recuperarse. Perdido y derrotado antes ya en nuestra memoria colectiva.

Si seguimos aprendiendo geografía con las guerras –¡nuestra geografía!–... Mal va la cosa.

Centrándonos más en el libro, se aprecia un trabajo esmerado de la autora. El compendio de repertorios cartográficos sobrepasa las 667 piezas, estudiadas con minucia de orfebre. La exigencia de la ficha técnica es superada con éxito y con creces aportando documentos que dan amplia dimensión a lo estudiado. Así, es modesta la autora cuando reconoce que no pretendía ofrecernos un trabajo acabado –¿qué estudio de Historia lo es?– sino un recopilar material, lo más generoso posible, sobre Ceuta; material en muchos casos de primera mano... Afortunadamente no se cumple el recatado propósito porque a M^a.J. Vilar, pese a los descargos, se le va la mano por detallista.

La historiadora y geógrafa dice lo que dice porque sabe bien que el documento en sí mismo no es Historia, que la Historia no se acaba en el documento donde acaso empieza. Pero en los comentarios a los documentos o en el mismo resumen que hace de ellos ya adelanta mucha faena para lo que quiera ser Historia. La actitud de María José es de agradecer en tiempos que todavía hay quienes arrasan los archivos y atiborran la publicación a corte de topo, yendo por la mina de lo blando, huyendo de las dificultades duras de la investigación sin más remilgos que copiar el documento y presentarlo como hechura, eruditos a la violeta que fusilan ristras de documentos confiando con ello en que poseen la Historia cuando sólo se la arrogan. El precioso quehacer de M^a.J. Vilar va más allá de un simple compendio. Y si bien, como se ha dicho, no es un estudio desarrollado ni acabado, porque está limitado en lo cronológico y en el propósito, sino un elenco de fichas generosas; sí tiene un hilo sucesivo que deviene salvífico para permitirnos el ir viendo, si se quiere por piezas sueltas pero muy ordenadas, el crecer de la ciudad con

detalle; y el ir viviendo las inquietudes y cotidianidades de la misma desde documentos variados, unos oficiales y otros íntimos, unos fríos, otros más cálidos. Documentos escritos unos con la gélida retórica y diplomacia occidental oficialista que contrastan con otros, los escritos musulmanes plenos de circunloquios hacia Dios y de estilo empalagoso y tortuoso, como la propia política marroquí. Estilo propio y derivado de la ampulosidad y parafernalia de las fórmulas estilísticas islámicas.

Que lo vivido, cada cual lo cuenta desde una perspectiva determinada, se apuntala con textos contrastados en la generosa documentación. Por ejemplo, mientras para Antonio Beramendi, cónsul general de España en Tánger, el estado del presidio en 1830 es positivo –ranchos saludables «y hechos con el mayor aseo»–, cinco años más tarde Mariano Cabrerizo, librero y editor valenciano deportado a Ceuta, define el lugar como «sitio inmundo». Aquí, la riqueza del cotejo muestra las maneras de buen investigador y nos recordará también, observando la ciudad, la diferencia entre la percepción desde el mar y la realidad intramuros más mezquina.

La documentación, por tanto, se zurce con habilidad para descubrirnos bien la historia de Ceuta y su evolución desde la marginalidad que suena a Sonatina –*Ceuta no es triste, Ceuta está triste...*– escribe a mediados del XIX Antonio Ros Olano–, hasta la posición estratégica en lo comercial y en lo militar. Todo ello condimentado con episodios de roces marrulleros y conflictos que han fraguado y alimentado la imagen xenófoba del moro traidor y codicioso, desagradecido e insultón, rebelde y montaraz, tan popular en los textos de las representaciones y farsas de Moros y Cristianos de nuestro folklore y de nuestra literatura. Y que traen a la memoria colectiva una experiencia abundante de parlamentos enérgicos. Y de guerras en el XIX y en el XX. No se olvide –nos lo reiteró Cela, como y con la pertinacia del orvallo, en *Mazurca para dos muertos*–: A Lázaro Codesal, el de pelo del color de la zanahoria, lo mató un moro a traición. (Por pudor, no especificamos aquí más circunstancias de la muerte de Lázaro Codesal, que sobradamente quedan claras en la novela).

Por estos derroteros y por nuestro interés, no podemos dejar de señalar un episodio que trascendió en la época a las páginas de la prensa nacional. Concretamente a la *Gaceta de Madrid* de 29 de marzo de 1832. Al cabo, cada lector hace una lectura selectiva de los libros que caen en sus manos. Esto es, al menos, en nuestro caso. El asunto se refiere a la conversión al cristianismo del alférez local de los moros mogataces y de su hijo de diecinueve años, bautismo solemnizado con pompa y boato e instrumentalizado –como con tino apunta la autora– por la propaganda oficial como sonoro triunfo de la Cruz sobre el Islam. Conocemos algunos textos *teatrales* de conversiones para imaginarnos el *Te Deum*. Es más, nos huele que episodios de este tipo inspiraron bien episodios que ahora reeditamos en nuestras manifestaciones festeras.

Tampoco olvidamos la referencia (pág. 142) a la pesca del bonito y su salazón. Recurso que era monopolio de la Hermandad de Mareantes de Algeciras. El pescado salado se remitía a Cataluña y al Reino de Valencia, especialmente a la provincia de Alicante, «...de donde procedían la mayoría de los trabajadores auxiliares utilizados en esas faenas».

Que el rigor y la atención han presidido la elaboración del estudio lo atestigua la abundante bibliografía y los prolíficos documentos que acompañan al comentario de la cartografía. Muchos de ellos de primera mano, material ignoto hasta la fecha. Muchos de ellos de tierna hechura y que desnudan a los protagonistas, para lo bueno y para lo malo, en su condición humana. Muchos de ellos apuntados con comentarios precisos y jugosos de la autora Vilar. Es como aquello que aparecía en algunos manuales, aquel *Para saber más* que catapultaba, todavía en aumento, el interés y la curiosidad por lo estudiado. También testifica a favor de la solidez de la investigación el abanico de archivos, bibliotecas y cartotecas –hasta más de treinta– consultadas en Londres, Kew Gardens, París, Lisboa, Madrid, Barcelona, Roma... De esta manera, desde la intención modesta y prudente de María José se acaba sin remedio configurando una obra auxiliar de obligada consulta y, por tanto, lo que era auxilio deviene, por utilísimo, en fundamento.

Al cabo, y ya no lo decimos nosotros, lo dice la autora del prólogo, la doctora Carmen González Martínez: «*Demuestra M^a José Vilar un profundo conocimiento del momento histórico de referencia que señalan todos y cada uno de los planos utilizados en la investigación, (...)*». Al cabo, un ejemplo de buen hacer muy generoso para futuras investigaciones que nos permitirán conocer mejor el desarrollo urbano de Ceuta, tierra de incidencias y reincidencias, entre Europa y África, entre mar y océano.

Mateo Marco Amorós

RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, Carlos M.: *Don Luis de Borbón. El Cardenal de los liberales (1777-1823)*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo (2002). 403 p. ISBN: 84-7788-225-8.

Este libro ofrece gran parte del texto de la tesis doctoral que el autor defendió en la Universidad Autónoma de Madrid. El profesor Javier Donézar, que fue el director de la misma, ha escrito el prólogo, en el que anuncia que el libro «es fruto de una rigurosa y concienzuda investigación histórica». Así es. Nos encontramos con una obra que va a resultar imprescindible para el conocimiento de la transición del antiguo al nuevo régimen. El asunto de la obra era un reto difícil, pues se trataba de hacer la biografía de un hombre importante y gris al mismo tiempo, que fue príncipe de la Iglesia y Regente del reino bajo el primer régimen liberal. El autor ha superado gallardamente la dificultad situando toda la vida del personaje en el entramado de una España convulsa, a caballo entre los siglos XVIII y XIX, entre patriotas y afrancesados, absolutistas y liberales.

El resultado ha sido un trabajo de artesanía, que sólo se logra con inteligencia, tiempo y estudio. El autor conoce perfectamente toda la bibliografía sobre los temas y períodos estudiados, y utiliza una documentación minuciosa, obtenida principalmente en los grandes archivos nacionales, en el Archivo Vaticano y en los archivos eclesiásticos de Toledo.